

BRAD MELTZER

LA ESCAPISTA

Traducción de Mariana Hernández Cruz

Diseño de portada: Diana Urbano Gastélum
Fotografía de portada: © Shutterstock / azure1

Título original: *The Escape Artist*

Brad Meltzer
© 2018 Forty-four Steps, Inc.

Traducido por: Mariana Hernández Cruz

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: mayo de 2019
ISBN: 978-607-07-5784-6

Primera edición impresa en México: mayo de 2019
ISBN: 978-607-07-5770-9

El editor no es responsable de los sitios web (o su contenido) que no son propiedad de editor.

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas —vivas o muertas— es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

*Para Sally Katz,
mi madrina,
la verdadera lectora de nuestra familia.
Tu amor es magia.*

1898, John Elbert Wilkie, un amigo de Harry Houdini, quedó a cargo del Servicio Secreto de Estados Unidos. Wilkie era admirador de Houdini y hacía sus propios trucos.

Fue la única vez en la historia que un mago tuvo el control del Servicio Secreto.

PRÓLOGO

Copper Center, Alaska

Estos fueron los últimos treinta y dos segundos de su vida.

Cuando el pequeño avión, un CASA de doble motor de uso del ejército, despegaba del aeródromo, la mayoría de los siete pasajeros a bordo miraba por la ventana, pensando que eran afortunados. Pocas personas podían ver esta parte del mundo; muchas menos, la base privada del ejército que estaba construida ahí. En los mapas, no existía. En Google, aparecía permanentemente borrosa.

En la última fila del avión, una mujer de cabello negro a la altura de los hombros estaba convencida de que había sido bendecida, mientras se maravillaba por los hermosos álamos temblones de Alaska, cubiertos de nieve. Le encantaba que sus raíces a menudo crecieran juntas, apoyándose unas en otras, formando un organismo gigante. Por eso se había unido al ejército tantos años atrás: para construir algo más fuerte con otros. Lo acababa de comprender cuando salió a la exuberancia de la naturaleza.

«Definitivamente bendecida», se dijo. Después, sin aviso, el avión empezó a vibrar.

Su primera reacción fue decir: «Arréglenlo, enderécenlo». Le molestaba que las vibraciones le estropearan la caligrafía. En la mesita abierta, trataba de escribir una carta, una nota sexual a su prometido, Anthony, en la que le decía lo que planeaba hacerle más tarde esa noche.

Su idea era deslizarle la nota en el bolsillo trasero del pantalón; Anthony iba a estar tan sorprendido, también excitado, de que ella

hubiera viajado hasta Fort Campbell para su cumpleaños, que no se daría cuenta de que le había metido una nota sexual en el bolsillo. E incluso si se daba cuenta, bueno... Debido a sus horarios en el ejército, ella y Anthony no habían estado a solas en dos meses. No tendría inconveniente con que una muchacha bonita le metiera la mano en la nalga.

Se escuchó un crujido en el comunicador: «Prepárense para...».

El piloto nunca dijo el resto de la oración.

El avión se fue en picada, con la nariz hacia abajo, como si se arqueara en la cima de una montaña rusa. La mujer del cabello negro sintió que el estómago se le contraía. Lo único que faltaba era la caída final. De repente, sintió unos yunques sobre los hombros, que la apretaban contra su asiento. Del otro lado del pasillo, en diagonal, un teniente del ejército de cabello rojo alborotado y ojos triangulares hizo una expresión de pánico y se aferró a los reposabrazos al darse cuenta de lo mal que se iban a poner las cosas.

La mujer de cabello negro también era del ejército, una sargento de suministros de veintiséis años de edad, y en esos primeros días de su entrenamiento aéreo en Fort Benning le habían enseñado que en un choque de avión la gente no siente pánico. Se vuelve dócil y silenciosa. Para salvarse, uno tiene que actuar.

El avión se sacudió y a ella casi se le zafó la pluma de la mano. *La pluma. Su carta.* Casi se le había olvidado que estaba escribiendo. Pensó en Anthony, en escribir un testamento... Después volvió a repasar los últimos minutos antes de subir a bordo. «Ay, Dios». Ahora tenía sentido. Sentía el estómago en la garganta. La gente VIP del frente del avión empezó a gritar. Sabía por qué se iba a caer. No era un accidente.

Frenéticamente garabateó una nueva nota con manos temblorosas mientras las lágrimas se le acumulaban en los ojos.

El avión volvió a sacudirse. Una bola de fuego de combustible pasó a través de la puerta de emergencias que estaba a su izquierda. Tenía la camisa encendida. La golpeó para apagarla. Podía oler el plástico derretido; sin embargo, al ver las llamas...

«La puerta». Ella estaba sentada en la salida de emergencias.

Aferrada a la nota garabateada, tomó con las dos manos la manija roja de la puerta y empezó a jalarla. Cedió y se deslizó a un lado. Hubo un chasquido, la puerta seguía cerrada, pero había roto el sello.

Faltaban veinte segundos.

Trató de levantarse del asiento, pero todavía llevaba abrochado el cinturón de seguridad. Histérica, lo manoseó. *Clic*. Estaba libre.

Con la nota arrugada, húmeda en el puño sudoroso, apretó la palma contra la puerta de salida y la empujó. Estaba atorada debido al fuego. La pateó. La puerta se abrió y una ráfaga de viento le hizo volar el cabello negro en todas direcciones. Varios papeles salieron volando por la cabina. Un teléfono chocó contra el techo. La gente gritaba, aunque no podía comprender lo que decían.

Faltaban catorce segundos.

Afuera, los álamos altos y cubiertos de nieve, que parecían tan pequeños, se acercaban rápidamente a ella haciéndose más grandes a cada segundo. Ella conocía las probabilidades. Cuando un avión ligero cae en picada, si el destino no está de tu lado, no tienes oportunidad.

—¡Vete! ¡Sal! —se oyó el grito de un hombre. Apenas había volteado cuando el teniente de ojos triangulares chocó contra ella, luchando por llegar a la salida de emergencia.

Ahora el avión iba en caída libre; un humo rojizo y anaranjado llenaba la cabina. Faltaban once segundos. El hombre la empujaba con todo su peso. Los dos sabían que si brincaban demasiado pronto, sobre los noventa metros, no sobrevivirían al impacto. Incluso si tenían la suerte de vivir, las fracturas de sus piernas, si los huesos atravesaban la piel, harían que se desangraran en segundos.

No. Tenían que saltar en el momento preciso.

«No hasta que llegues a la copa de los árboles», se dijo, recordando su entrenamiento y observando los álamos, que estaban más cerca que nunca. El viento la cegaba. Mientras el humo entra-

ba en sus pulmones, mantenía a raya al teniente con una mano y con la otra se aferraba con fuerza a la nota.

—¡Vamos! ¡Ahora! —gritó el hombre y, por un momento, pareció que su cabello estaba encendido.

Faltaban ocho segundos.

El avión se desplomó en diagonal hacia la tierra. Sin siquiera pensarlo, metió la nota en el único lugar donde pensó que podía sobrevivir.

—¡No tenemos...!

Seis segundos.

Puso el pie en la entrada de la puerta, volteó hacia el teniente y lo agarró de la camisa tratando de jalarlo afuera con ella. Podía funcionar. Podía salvarlos a los dos.

Estaba equivocada.

El teniente se apartó. Era el instinto. A nadie le gusta que lo arrojen de un avión. Ese fue el fin. El teniente con ojos triangulares caería, literalmente, en llamas.

A los tres segundos, la mujer con el cabello negro saltaría del avión. Aterrizaría sobre los metatarsos y continuaría esforzándose por seguir su entrenamiento mientras caía de golpe sobre la nieve. Un aterrizaje perfecto, pero también mortal. Con el impacto se rompería las dos piernas y se quebraría el cuello. El equipo de emergencia encontraría su nombre en el manifiesto: Nola Brown.

Y la nota que había garabateado, sus últimas palabras, el papel que había escondido tan bien, la encontraría la persona menos probable de todas.

Base de la Fuerza Aérea de Dover, Delaware

Jim «Zig» Zigarowski conocía el dolor que estaba por venir. Eso no lo detuvo. Era bueno con el dolor. Estaba acostumbrado. Sin embargo, sabía que esta vez le iba a arder. Desde el día que Zig había llegado a este edificio remoto en la parte trasera de la Base de la Fuerza Aérea de Dover, cada caso era desgarrador. En especial, este. De ahí el dolor.

—Pensé que Lou estaba de guardia hoy —dijo el doctor Womack, un hombre hispano, bajo, con barba rala y bata médica holgada.

—Cambiamos —respondió Zig, empujando la camilla un poco más rápido por el pasillo, con la esperanza de dejar atrás a Womack—. Lou tenía una cita.

—¿De verdad? Acabo de verla en la cena. Sola.

Zig se detuvo. Era el momento en que todo podía derrumbarse. Sabía que no debía estar ahí. No debió haber tomado esa camilla o lo que iba escondido debajo de la sábana azul cielo que la cubría. ¿Womack iba a detenerlo? Sólo si se daba cuenta de lo que estaba haciendo.

—Ah. Entonces oí mal —dijo Zig, y le mostró la misma sonrisa encantadora que había hecho tan interesantes los primeros años posteriores a su divorcio. Con ojos verde musgo, una cicatriz en la quijada y cabello canoso con un corte como el de Cary Grant, Zig no parecía de cincuenta y dos años. Sin embargo, cuando pasó su identificación y las puertas dobles de metal se abrieron para que entrara en el corazón de la instalación militar, se sintió de su edad.

Había un letrero por encima de la puerta:

PELIGRO:
FORMALDEHÍDO IRRITANTE
RIESGO POTENCIAL DE CÁNCER

Womack hizo una pausa y se retiró. Zig sonrió, aceleró el paso y empujó con fuerza la camilla envuelta en la sábana azul cielo, la cual ocultaba un cadáver. Entre las piernas del cadáver, asegurando que la sábana no se deslizara, había una cubeta plateada de medio kilo. «La cubeta de las tripas», la llamaban, porque después de la autopsia, contenía todos los órganos internos. Como Zig le decía a los nuevos cadetes: no importa lo gordo, delgado, alto o bajo que seas, los órganos de todos caben en una cubeta de medio kilo. Por lo general, para Zig era reconfortante saber que todos teníamos eso en común. Aunque ahora mismo no le daba el consuelo que necesitaba.

Las luces automáticas parpadearon e iluminaron la sala médica. Las puertas dobles se cerraron detrás de él con un siseo neumático. Durante más de una década, Zig se había pasado los días trabajando en esta habitación quirúrgica de alta tecnología, que servía como morgue para los casos más confidenciales y de alto perfil del gobierno de Estados Unidos. En el 9/11, las víctimas del ataque al Pentágono fueron llevadas ahí; también las del ataque al USS *Cole*, los astronautas de la nave espacial *Columbia* y los restos de más de cincuenta mil soldados y agentes de la CIA que pelearon en Vietnam, Afganistán, Irak y todas las ubicaciones secretas que hubo en medio. Ahí en Delaware, de entre todos los lugares, en la Base de la Fuerza Aérea de Dover, estaba la funeraria más importante de Estados Unidos.

«Sé rápido», se dijo, aunque en lo que se refería a preparar a los héroes caídos para su entierro, Zig nunca era rápido. No hasta que terminaba su trabajo.

Se reajustó la bata médica azul y sintió que el dolor se acercaba todavía más. Volvió a leer el nombre garabateado en un pedazo de cinta adhesiva en la cabecera de la camilla:

SARGENTO DE PRIMERA CLASE NOLA BROWN

—Bienvenida a casa, Nola —murmuró.

El cadáver se balanceó ligeramente cuando aseguró las ruedas de la camilla.

A veces, en Dover, un soldado muerto que llegaba tenía tu misma fecha de nacimiento o incluso tu mismo nombre. El año pasado, un joven infante de marina con el apellido Zigarowski murió por inhalación de humo en una base de Kosovo. Naturalmente, Zig tomó el caso.

Nola, que se llamaba así por Nueva Orleans, Luisiana, era diferente.

—Ha pasado mucho tiempo, ¿no? —le preguntó al cuerpo cubierto.

Inclinando la cabeza, dijo una rápida plegaria, la misma plegaria que decía en todos los casos. «Por favor, dame la fuerza para cuidar a los caídos, de manera que su familia pueda empezar a sanar». Zig sabía muy bien lo mucho que las familias dolientes necesitaban esa fuerza.

A su izquierda, sobre un carrito metálico con ruedas, estaban sus herramientas por orden de tamaño, desde el fórceps más grande al bisturí más pequeño. Zig estiró la mano para tomar los cubreojos de plástico azul, que parecían lentes de contacto con púas. Por lo general no era un hombre supersticioso, pero sí era supersticioso con los ojos de los muertos, que nunca se cerraban tan fácilmente como nos hacen creer en las películas. Cuando se observa un cadáver, el cadáver devuelve la mirada. Los cubreojos eran el truco de los trabajadores de la morgue para mantener cerrados los ojos de un cliente.

¿Cómo podría haber permitido que otro trabajador de la morgue tratara este caso? Nola Brown no era una extraña. Él conocía a esa niña, aunque ya no era una niña. Tenía veintiséis. Se daba cuenta incluso por la silueta que percibía bajo la sábana: fuerte y con la complexión de un soldado. La conocía de Pennsylvania, de cuando tenía doce años. Era amiga y compañera en el grupo de las niñas exploradoras de su hija, Maggie.

«Magpie. Mi estrellita», pensó él, reviviendo esos días antes de que todo se hiciera tan terrible. Ahí estaba, el dolor que hacía que sus huesos parecieran huecos, fáciles de quebrar.

¿Zig había conocido bien a Nola? Recordaba esa noche, en el campamento de las exploradoras. Él era monitor y Nola, la niña nueva. Adoptada. Naturalmente, las otras niñas se aprovecharon de eso. Sin embargo, había algo más. Algunas niñas son calladas, pero Nola era silenciosa. La Silenciosa Nola. Algunas de las otras niñas pensaban que eso la hacía dura. Sin embargo, Zig sabía que iba más allá, a veces la gente se vuelve silenciosa a golpes.

Cuando mirabas hacia Nola, sus ojos negros con destellos dorados rogaban que apartaras la mirada. Se lo habían advertido a Zig: la Silenciosa Nola ya estaba en su cuarta escuela. «La expulsaron de las otras tres por pelearse —había dicho una niña—. Le sacó a alguien los dientes de enfrente con el borde de una botella de refresco». Otra de las amigas de Magpie dijo que también la habían sorprendido robando, pero, vamos, desde los juicios de las brujas de Salem no se podía confiar en los grupos de niñas de doce años.

—Te dieron un buen golpe esa noche, ¿no? —le preguntó Zig al cadáver de Nola mientras agarraba un iPod anticuado que estaba sobre una bocina cercana. Con unos cuantos clics, empezó a sonar «Bat Out of Hell» de Meat Loaf por la bocina barata. Incluso en la morgue necesitan música para trabajar.

—Siempre estaré en deuda contigo por lo que hiciste esa noche —suspiró.

Hasta este día, él no sabía quién había echado una lata de refresco de naranja en la fogata o cuánto tiempo estuvo ahí. Aún podía

ver el humo de la hoguera de reajo. Por un momento, hubo un silbido agudo, como el de una tetera. Después, de la nada, un estallido fuerte como un petardo. Pedazos de aluminio salieron en todas direcciones. La mayor parte de las niñas gritaron y después se rieron.

El instinto de Maggie fue quedarse paralizada. El instinto de la Silenciosa Nola fue brincar a un lado. Nola cayó sobre Maggie, quien estaba de pie, paralizada de miedo, mientras navajas de metal volaban contra su rostro.

Con el impacto, Maggie cayó al suelo, perfectamente a salvo. A media caída, la Silenciosa Nola dejó escapar un aullido, un chillido, como un perro herido, y después se sostuvo un costado de la cabeza; había sangre por todas partes.

La lata de metal le había rebanado un pedazo de oreja. El humo seguía soplando por todos lados. Hasta ese día, Zig no sabía si Nola lo había hecho a propósito, si había derribado a su hija para protegerla, o si sólo había sido suerte, el resultado afortunado del reflejo de protección de Nola. La única certeza que tenía era que, sin Nola, su hija habría recibido el impacto de la bomba de metal en la cara. Todos estaban de acuerdo: esa noche, Nola había salvado a la hija de Zig.

Antes de que cualquiera pudiera reaccionar, Zig había levantado a Nola y la había llevado a la sala de urgencias más cercana. Maggie se sentó junto a Nola en el asiento trasero, agradeciéndole por lo que había hecho y también observando a su padre de una manera completamente nueva. Durante esos breves momentos, de camino al hospital, Nola, y Zig por haberla levantado del suelo, eran héroes.

—¡Gracias! —no dejaba de decirle su hija a Nola—. Gracias por eso, por lo que... ¿Estás bien?

Nola nunca respondió. Se quedó sentada con las rodillas pegadas al pecho y la mirada baja mientras se agarraba la oreja. Sin duda, sentía dolor. Se le había desprendido la parte superior de la

oreja. Le corrían lágrimas por la cara, pero nunca hizo un sonido. La Silenciosa Nola había aprendido a soportar el dolor en silencio.

En el hospital, mientras el doctor se preparaba para coserla, una enfermera le dijo que se agarrara a la mano de Zig. Nola negó con la cabeza.

Tres horas y cuarenta puntadas después, el padre adoptivo de Nola entró hecho una furia a la sala de urgencias, apestando a brandy y a mentas, para cubrirlo. Las primeras palabras que salieron de su boca fueron: «¡Más vale que las exploradoras paguen la cuenta!».

Cuando Nola salió del hospital esa noche, con la cabeza agachada y arrastrando los pies, siguiendo sumisamente a su padre, Zig quería decir algo. Quería agradecerle a esa niña, pero más que eso, quería ayudarla. Nunca lo hizo.

Desde luego, Zig y Maggie llevaron una enorme canasta de regalo a la casa de Nola. El papá adoptivo abrió la puerta, tomó la canasta de manos de Maggie y agradeció de mala gana. Zig trató de darle seguimiento por teléfono para ver cómo estaba Nola. Una noche, incluso se detuvo a preguntar por ella. Nunca obtuvo respuesta. Obstinadamente, Zig la nominó para uno de los honores más altos de las exploradoras. Nola no asistió a la ceremonia.

Un año después, Zig tuvo la peor noche de su vida, que acabó con su matrimonio, con su vida, y lo más importante de todo, se llevó a su hija, a su Maggie. Nola la había salvado esa noche en el campamento, pero a Maggie sólo le quedaron otros once meses de vida. Zig se culparía para siempre de ello.

Aunque él no lo sabía en ese momento, Nola ya se había cambiado a su quinta escuela. Nunca la volvió a ver. Hasta esta noche.

—No te preocupes, Nola, ya estás en buenas manos —le prometió Zig mientras separaba la sábana quirúrgica con una mano y ponía los cubreojos con la otra—. Y gracias otra vez por lo que hiciste.

Hay quienes dicen que trabajan en la morgue de Dover porque ven a sus propios hijos en las vidas de esos soldados muertos. Zig

negó con la cabeza ante explicaciones sensibleras como esa. Él hacía su trabajo por una razón: era bueno en ello. Era el don que Dios le había dado. Veía cada cadáver como un enigma y, sin importar cuán malas fueran las heridas, podía recomponer cada cuerpo para que la familia pudiera despedirse de modo adecuado. Lo hacía un día tras otro, un soldado tras otro, hasta dos mil en ese momento, y ninguno había hecho que volviera a pensar en esos días tan oscuros con su propia hija. Hasta esa noche, cuando vio a la mujer que la había salvado.

Mientras bajaba la sábana hasta el cuello de Nola y le acomodaba los cubreojos, sintió que algo le oprimía la garganta. Era el dolor que había estado temiendo. Incluso cuando se está preparado para ello, nada se cuele en uno como el dolor.

Nola tenía la cabeza de costado; la mejilla izquierda estaba chamuscada por el choque aéreo que la había matado. Caída #2 356.

—Te doy mi palabra, Nola. En un momento vamos a hacer que te veas genial —le dijo Zig tratando de mantener la voz firme mientras calculaba cuánto maquillaje iba a necesitar. No debía haber tomado este caso. Quizá lo mejor sería pedirle a uno de sus compañeros de la morgue que lo reemplazara, pero no iba a hacerlo.

Desde que había visto el nombre de Nola en la repisa oficial de Dover, no había podido dejar de pensar en esa noche del campamento... No podía dejar de ver a Nola cayendo sobre la pequeña Maggie, apartándola del camino... No podía dejar de ver el humo que soplaba hacia todas partes o la oreja izquierda mutilada de Nola... Y no podía dejar de pensar en la mirada de su hija cuando lo había visto como un héroe. Hoy, él sabía que su hija estaba equivocada, incluso lo supo en ese entonces. No era un héroe. Ni siquiera era una buena persona. Sin embargo, carajo, se sentía bien volver a ser un papá o, por lo menos, desempeñar el papel de un papá otra vez, por última...

«Maldición».

Zig estaba observando la oreja izquierda de Nola; estaba chamuscada, pero perfecta de cualquier otra manera. No le hacía falta ni un pedazo. «¿Cómo podía...?». Volvió a mirar. La oreja completa estaba ahí. No había ni siquiera una pizca de cicatriz. Se acercó más para estar seguro. ¿Podía haberlo recordado mal? Tal vez era la otra oreja.

Suavemente, volteó la cabeza de Nola boca arriba y sintió la piel fría como un vaso de agua con hielo. Del lado derecho de su rostro la piel era perfecta, no estaba quemada. Según el reporte del accidente, su avión militar había chocado justo después del despegue, afuera de Copper Center, Alaska, en el borde del Parque Nacional. Las siete personas a bordo, incluyendo el piloto, murieron. Nola fue considerada la más afortunada, pues había sido arrojada del avión, o tal vez había brincado, tomando en cuenta las fracturas que tenía en las piernas. «Definitivamente saltó», pensó Zig, recordando el instinto de Nola en el campamento. Como había aterrizado en la nieve, con el costado derecho del rostro sobre la nevada reciente, el hielo había protegido ese lado de las terribles quemaduras que habría sufrido en todo el cuerpo cuando el avión estalló en llamas.

—Así es, justo así —murmuró Zig mientras rotaba la cabeza de Nola para ver bien la...

«Mira nada más».

La otra oreja también estaba perfecta. Dos orejas perfectas. Sin pedazos faltantes, sin cicatrices. No tenía sentido.

Zig volvió a ver el rostro de Nola, sus ojos cerrados. No la había visto desde que tenía doce. «¿Tenía la nariz así de chata? ¿Podría haber pedido que le reconstruyeran la oreja?». Desde luego. Sin embargo, como Zig sabía de primera mano, era difícil reconstruir orejas y por muy bueno que fuera el cirujano, siempre quedaba una ligera cicatriz.

Caminó al pie de la mesa para volver a revisar el código de barras laminado que Nola tenía alrededor del tobillo y lo cotejó con el de la camilla. La morgue de Dover se considera una de las verda-

deras misiones a prueba de errores del ejército. La parte más importante de su trabajo era asegurarse de que un cuerpo nunca se confundiera con otro. Cuando llegaban soldados caídos a Dover, ni siquiera pasaban por los trabajadores funerarios como Zig hasta que su identidad se revisaba por triplicado: por ADN, registros dentales y, al final, huellas digitales.

«Huellas digitales».

Por debajo de la sábana quirúrgica, Zig sacó las manos de Nola. Las dos estaban calcinadas. Por lo general, con quemaduras tan tremendas no se podían obtener huellas digitales; sin embargo, eso no significaba que no hubiera ninguna.

Salió rápidamente al pasillo que iba a la cocina de la sala de descanso, tomó una olla de metal de un gabinete, la llenó de agua y la puso sobre la estufa. Mientras esperaba que el agua hirviera, sacó su teléfono y marcó uno de los pocos números que se sabía de memoria. Código 202. Washington, D. C.

—¿Qué quieres? —respondió una voz femenina.

—Gracias, Waggs. Qué lindo oír tu vo...

—No me halagues. Escúpelo. Quieres algo.

—Sólo lo mismo que siempre he querido: una amistad verdadera... Más restaurantes dos por uno, como cuando se combina un Dunkin' Donuts con un Baskin-Robbins... Oh, y que se acaben las personas que te piden que te quites los zapatos cuando entras a su casa. Tenemos que unirnos y luchar contra esa gente.

Prácticamente, pudo *oír* que Waggs giraba los ojos.

—Más te vale que sea algo de trabajo —dijo ella.

Amy Waggs no era estúpida. Como directora de la unidad del FBI que extraía la biometría de los terroristas a partir de artefactos explosivos, era especialista en las cosas que la gente dejaba atrás. Incluso ella misma quedó atrás cuando su marido, después de doce años, decidió que era gay y le pidió permiso para salir con su compañero de la universidad, Andrew. Cuando ocurrió, Waggs no pudo decírselo a nadie del trabajo, pero se lo dijo a Zig.

—Dime qué necesitas —dijo ella con desesperación.

—Ay, Dios. Eres una de esas personas que le pide a la gente que se quiten los zapatos, ¿verdad?

—Zig, si no es importante, eres lo único que se interpone en mi cita con un *reality show* sobre una familia de enanos. Dime qué pasa.

Sobre la estufa, volutas de vapor se elevaban de la olla de agua.

—Necesito que busques una huella digital.

—¿Tienes el Colmillo? —preguntó, refiriéndose a la mejor arma del FBI.

—Lo tendré en un minuto —dijo Zig, dejando atrás el agua hervida y dirigiéndose al pasillo. Pasaban de las siete, era tarde para una ubicación militar. El edificio era un pueblo fantasma.

Las cubiertas quirúrgicas para zapatos de Zig murmuraban por el pasillo mientras se dirigía a la puerta cerrada de la antigua oficina de Waggs: la Unidad de Huellas Dactilares Latentes del FBI, una sección del edificio exclusiva para empleados del FBI.

—¿Es para algo personal o Adrian te dio autorización? —preguntó Waggs.

—¿Tú qué crees?

—Zig, por favor no me digas que estás a punto de irrumpir en nuestra oficina.

—No. Sólo voy a revisar si sigue teniendo la misma contraseña. Sip. Ahí está. De verdad tienes que actualizar el código —dijo mientras la puerta se abría.

—Zig, no lo hagas. Sabes que no tienes permitido entrar ahí.

—Y nunca entro —dijo Zig, entrando. Era una habitación pequeña, incluso para los estándares de Dover: un escritorio sencillo, una computadora personal y un gabinete para las pruebas. Y una herramienta más.

Del cajón superior del escritorio, Zig sacó un dispositivo negro que parecía un teléfono celular hecho con hardware *mil-spec*, es decir, si se caía no se iba a romper. Él no tenía planeado tirarlo. El Colmillo costaba más que su salario anual.

—¿Me estás oyendo? —gritó Waggs a través del teléfono mientras Zig regresaba a la sala de descanso—. Si Adrian sabe que lo tomaste sin su permiso...

—Tengo permiso. Estoy hablando contigo, ¿no?

—No lo hagas. No es gracioso.

—No estoy tratando de ser gracioso. Gracioso es cuando estoy pensando en restaurantes dos por uno.

—Zig, ¿hace cuánto que te conozco? Si estás haciendo bromas, en especial malas como esta...

—Oye, espera, ¿dijiste *malas*?

—¿Tienes problemas? Dime qué está pasando.

Zig tomó la olla de agua hervida de la estufa y no respondió. Regresó a donde estaba el cuerpo de Nola.

—¿El cuerpo por lo menos tiene buenas huellas digitales? —añadió Waggs.

—Desde luego —mintió Zig, pasando su identificación en espera de que las puertas del laboratorio sonaran y una vez más se acercó a la camilla. Desde lejos, incluso con la cubeta de tripas entre las piernas, Nola casi parecía como si estuviera dormida, pero un cuerpo muerto siempre yace de manera diferente. Hay una permanencia que es inconfundible.

Al lado de Nola, Zig tomó su mano sin vida, raspó parte de la piel chamuscada de sus dedos y después sostuvo la mano sobre la olla de agua hirviendo.

—Nola, perdóname por hacer esto —murmuró mientras sumergía la mano en el agua caliente. Tenía que hacer bien esta parte, no más de unos cuantos segundos.

Cuando las manos se queman mucho, la superficie de la epidermis se vuelve negra e ilegible. Sin embargo, como un bistec quemado, si se raspa la parte chamuscada, queda una capa rosada por debajo. La capa dérmica. El único problema es que la superficie de la dermis es demasiado plana para proporcionar una huella digital adecuada. No obstante, como cualquier examinador médico o tra-

bajador de la morgue sabe, si el dedo se sumerge en agua hirviendo durante unos segundos, los bordes se marcan.

Así que cuando sacó la mano de Nola del agua hirviendo, los dedos índice y medio estaban gruesos e hinchados.

—Estoy prendiendo el Colmillo —dijo Zig mientras apretaba unos cuantos botones. El Colmillo obtenía su nombre de dos láseres verdes que salían de la parte inferior del dispositivo. Alineó esos láseres con el dedo índice de Nola y apretó otro botón para activar el escáner—. ¿Correo del trabajo o personal? —preguntó él.

—¿Es un asunto oficial o no?

—Correo personal —dijo Zig y apretó «enviar».

A través del teléfono, hubo un ruido musical. La huella digital había llegado. A Waggs sólo le tomaría unos minutos revisar la base de datos del FBI.

—¿Cuál es la historia de este soldado? ¿Por qué tu interés personal? —preguntó Waggs, que ya estaba tecleando en la computadora.

—Es sólo un caso —dijo Zig—. De acuerdo con la identificación de aquí, es la sargento de primera clase Nola Brown, mujer, veintiséis años de edad.

—¿Y es todo lo que sabes de ella?

—¿Qué más podría saber? Es sólo un caso —insistió Zig con voz firme.

—Ziggy, te quiero, pero ¿tienes idea de por qué cuando llegan cuerpos tú eres el que hace todas las reconstrucciones faciales?

—¿De qué estás hablando?

—No te hagas el modesto. Si le disparan a un soldado en el pecho, se le asigna a cualquier trabajador funerario. Pero si alguien llega con tres balas en la cara, ¿por qué siempre te toca ese cuerpo a ti?

—Porque yo sé esculpir, porque soy bueno con la arcilla.

—Es más que un talento. El año pasado, cuando un petardo del ISIS explotó frente a un infante de marina, todos los trabajadores

de la morgue dijeron que tendría que ser un ataúd cerrado, que había que envolverlo en gasa. Tú fuiste el único lo suficientemente necio como para pasarte catorce horas seguidas con alambres uniendo su quijada destrozada y después, alisándola con arcilla y maquillaje para que sus padres pudieran tener más tranquilidad de la que habrían esperado en el funeral de su hijo. Pero ¿sabes qué dice eso de ti?

—Que soy alguien orgulloso de servir a su país.

—Yo también amo a mi país. Estoy hablando de ti, Zig. Cuando tú aceptas estos horrores, manos perdidas, rostros perdidos, labios perdidos, y los haces más asimilables, ¿sabes en qué te conviertes?

—Antes de que Zig pudiera responder, Waggs soltó abruptamente—: En un maestro de la mentira. Eso es lo que todos los trabajadores funerarios venden, Zig. Mentiras. Tú lo haces por las razones correctas, estás tratando de ayudar a la gente para que supere los momentos más duros. Sin embargo, todos los días, para esconder esos horrores, tienes que ser un mentiroso de primera clase. Te estás volviendo demasiado bueno en ello.

Zig iba a decir algo, pero no se le ocurrió nada. Cerró los ojos y le dio la espalda al cuerpo. Sonó un timbre a través del teléfono. Waggs tenía algo.

—Muy bien, encontré a Nola Brown. Veintiséis años —dijo Waggs—. La misma edad que Maggie, ¿no?

Con tan sólo la mención del nombre de su hija, se volvió hacia el cuerpo tan rápidamente y con tan poco equilibrio que su codo golpeó la cubeta de plata que estaba llena de...

«¡No, no, no! ¡La cubeta de las tripas...!».

Zig se agachó. La cubeta, con su estofado sangriento, empezó a ladearse.

Seguía tratando de alcanzarla, con el teléfono todavía en la mano mientras gritaba. La cubeta seguía inclinándose y su contenido se deslizaba por el borde.

¡Paf!